

... de suscripción
Murcia: Un mes . . . UNA peseta.
Resto de España un trimestre 3'50 Id.
Precio de la venta
5 céntimos ejemplar y 25, 75 céntimos
REDACCION Y OFICINAS:
SELGAS, 4.—MURCIA

El Demócrata

DIARIO DE LA TARDE

Publicidad
LOS ANUNCIOS DE TODAS CLASES
A PRECIOS SEGUN TARIFA
TODA LA CORRESPONDENCIA Y GIROS
DEBEN DIRIGIRSE
Al Director Gerente
NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Año II

MURCIA.-Lunes 12 de Agosto de 1907

Núm. 295

SOBRE LO DE MARRUECOS

Los periódicos franceses no cesan en su tarea de apartarnos del asunto marroquí, como si nuestros soldados y nuestros barcos no supusieran nada dentro de los acuerdos de la Conferencia de Algeciras. Las presunciones que se abrigan, van resultando ciertas, reales completamente. España, en el conflicto, no supone ni significa nada para los franceses, á causa de las imperdonables tonterías cometidas por el jefe del gobierno. Si en vez de abandonarnos éste en brazos de Francia, haciendo lo que desde allí se le decía, obra conforme á razón, el desdén injusto de nuestros vecinos no se conocería ahora, porque no le habríamos dado motivo de envenecimiento. Pero aquí siempre procedemos de manera contraria á como debe ser y por eso no resulta extraño que salgamos con las manos en la cabeza con mucha frecuencia. Lo verdaderamente asombroso sería que, luego de las necesidades que cometen los políticos conservadores, resultásemos gananciosos en algo, por chico y mezquino que fuera.

Hoy, que es cuando más falta hace en Madrid el presidente del Consejo de Ministros, olvidándose de la situación en que estamos y de las obligaciones que pesan sobre él, deja abandonados los negocios públicos y se marcha al extranjero, buscando la satisfacción de grandes recibimientos. Nada importa que la nación se encuentre metida de hoz y de coz en un fregado que nos proporcionará sólo disgustos; esas son cosas que no tienen ninguna importancia para él y que, tarde ó temprano, harán que experimentemos el placer de alguna humillación, tanto más sensible cuanto que será inmotivada. Los españoles, que en materia política tenemos ahora lo que nos merecemos, no podemos protestar de nada ni hacer nada. Para eso sería necesario que dejásemos de ser lo noveleros, es decir, ilusos, que hemos sido siempre y que seguiremos siendo.

La acción común en Marruecos, conforme van las tropas españolas, no conviene de ninguna manera á España. Nosotros ahí no debíamos ir como comparsas, convirtiendo nuestro ejército en algo á modo de una prolongación del francés; nuestra personalidad está marcada y ni por nadie ni por nada debemos olvidarlo. Bien que estemos para la acción común bajo el mando francés; pero que eso se convierta en supestitación humillante no debe consentirse. Cada cual que vaya conforme deba ir; mas que uno quiera beneficiarse á costa del otro, nos resulta muy doloroso. Los tiempos no están para consentir esas cosas, ni nosotros somos tan insignificantes que podamos consentirlas.

Desde el primer día se vienen señalando semejantes anomalías y ciegos serán los que no las conozcan. Los políticos conservadores se olvidan de las mañas de nuestros vecinos, creyéndolos desinteresados, y están contribuyendo á la apropiación de los terrenos serifianos que necesitan los franceses para construir su famosa línea férrea africana. Dentro de poco, cuando con la pacificación del imperio marroquí se autorice para cruzar los términos de Ujda, Casablanca y Rabat, veremos para qué han servido los hombrades y conoceremos el papel que hemos hecho los españoles.

parezca y á los motivantes de esas cóleras nacionales se les llame extranjeros. Los italianos quieren recomponer su nacionalidad sobre base algo más sólida y firme que los cantos de iglesia; los marroquíes refocilarse á costa del europeo y con el dinero por ellos reunido. La filosofía, que no presta hoy resignación á nadie, les ha enseñado á ver todas las posibles bienandanzas futuras; á los italianos, en la degollación de todos los marroquíes, en la de todos los que huelan á europeísmo. Una y otra cosa, inspirándoles un alto sentido práctico de vivir les han vuelto osados, temibles; empeñados en llevar á logro sus propósitos no desaprovechan ocasión alguna para jugar las manos en detrimento de las cabezas de los contrarios.

Pero los italianos, artistas por naturaleza—siquiera de nombre—, tienen más disculpas. Ellos, que no transigieron en la época de los Augustos con la ocultación de sexos por vestidos impropios, á la persona que quería tapar lo que es indispensable que se tape, quieren acabar ahora con costumbre tan absurda, dando al traste con las causas que la originan. Es otra su mira y objeto principal, pero de ello depende detalle tan principal y razonable como el anticuado. Los hombres—dicen, ó deben decir al menos—, han desuelto tanto en lo oculto como en lo que oculta su hombría. Una falda, por neyra que sea, no disculpa una ocultación de sexo en el hombre; en la mujer menos mal; para algo se inventó el gracioso recogido de faldas que la permite lucir buenamente casi todas sus redondeces...

¡Llor á los italianos! Ellos matan al revés que los marroquíes, poniendo por delante motivos más agradables que los de noñerías patrióticas.

Crónica

EL INFÍBULO

Según parece, los maridos de todas las épocas han estado expuestos á los mismos percalces, ya que, en compensación, disfrutaron de igual modo. Y, á semejanza de muchos casados de ahora, entre los de antes, unos creyeron no haber más buena fuente de salud que la ignorancia bien administrada; otros juzgaron más útil no darse por advertidos de que Dios lleva muy á mal que se mate á alguien, no siendo por mano del verdugo, y otros, más precavidos, se dieron á buscar la manera de que sus veleidosas amadas no hiciesen injertos subrepticios en el árbol genealógico.

Ello no era fácil. La llamada curiosidad de los placeres del prójimo es, á las veces, harto agradable para que la virtud de la privación se anteponga á lo que por no ser virtud es más gustoso y atractivo. Sobre que á menudo, según cuenta el grave La Bruyere y ven las gentes menos graves que La Bruyere, un marido no tiene otro rival que el que se buscó por sí propio y del cual hizo presente á su media naranja. ¿Cómo defenderse de los codiciadores del fruto del cercado ajeno? Los celosos de la Edad Media fiaban mucho en lo honesto de sus amables compañeras, mas no confiaban demasiado en la honestidad de quienes podían acompañarlas. Y pues que les era muy penoso inferir á las inocentes cónyuges el agravio de creerlas capaces de inventar la partida doble amorosa, cerraron el camino á la ofensa aplicándolas el cinturón de castidad. Los hombres son prosaicos. Solo á ellos se les ocurre sustituir la moral religiosa y el poético ángel de la guarda con unas tiras de cuero y tal cual herraje...

Pasó el tiempo, y los maridos se civilizaron, con lo cual no quiere decirse que todas las casadas creyeran que el sacramento matrimonial es cosa seria. Se pensó que el cariño tenía juntamente la propiedad de hacer olvidable, primero, la ética, y el don de afirmarla después, y así, fueron á parar los infíbulo á las colecciones de chismes viejos, que aprovechan para conocer las ridiculeces de nuestros antepasados y aun las tontunas de no pocos individuos de ahora.

Pero todo vuelve. Vico nos enteró bien de ello, y, por si no bastase, un español, convencido de que la honra está donde la puso el cristianismo, refuerza la de su compañera—un poco célibe y algo casada—con un cinturón de castidad provisto de dos candados. Y como los pendientes sólo resultan bien en las orejas, la víctima de Diego Ruell, que así dicen se llama el rezoador del infíbulo, se desmayó al verse con tan desacostumbrado adorno, y la justicia, que no cree en la conveniencia de convertir á las mujeres en algo á modo de una caja de caudales blindada, ha resuelto llevar á Ruellá la cárcel, con idea de que medite sobre el provecho que viene á los hombres si aplican los candados tan sólo á las puertas y ventanas de los edificios.

Alguien rebautizará al sujeto citado, otorgándole el nombre de alguno de los nobles cuadrúpedos que llamamos carnívoros, quizás porque se asemeja al hombre en muchas cosas, salvo en lo de creer que se parecen á Dios. Pero será injusticia. Las fieras suelen ser menos feroces que los humanos. Además, los seres irracionales no han inventado aún el honor, y, de inventarlo, es presumible le buscarían mas alto asiento que el que le dan los racionales.

Aparte de eso, los mortales nos complacemos en probar de cuando en cuando que el evolucionismo no nos apartó mucho, en el fondo, del gorila antropoide. No somos leones, ni tigres ni aun hienas Cinocefálos, y gracias. Por esto no es raro que hombres que ven á Dios en todas partes—y hay algunas donde no se sabe qué haría—, hombres devotos, cual Brunetiers, confiesen que no cabe duda de que tuvimos antepasados animales, y que es justo admitirlo sin vacilación ni reservas. Llevamos en la sangre algo de la brutalidad, de la carnalidad, de la ferocidad del gorila ó del orangután... No es culpa nuestra si se nos creó tan imperfectos, ni de que pudiésemos formar al hombre de una manera admirable, se le haya creada en forma tal que parece una bestezuela vanidosa.

Yo, cuando alguien llama sobre sí la atención por algo tremendamente brutal, me consuelo recordando al místico fran-

sees: «El hombre marcha, pero Dios le guía.» ¿Quién sabe si la Providencia no ha resuelto, en sus inscrutables designios, que aquello que se nos antoja maldad sea un acto preciso para la salud del alma de la víctima?... El contrasentido es el arma de todas las divinidades...

AUGUSTO DE VIVERO.

Comunicado

Sr. Director de EL DEMÓCRATA:

Muy Sr. mio: Con éstas mal trazadas líneas le acompaño el agradecimiento de todo mi ser, á la bondad que demostraría y al cariño á la justicia—proverbiales en todo jefe de un rotativo, publicando las expansiones de un corazón.

En las columnas de algún periódico y en las bocas de una enorme cantidad de seres que yo me conozco, se ha dibujado—aunque levemente—la casi certeza de que David Pérez, dependiente de la casa de comercio de D. José Asensio Illán, había sido el autor del robo cometido en los almacenes de tejidos de su propiedad del Sr. Illán.

La justicia, habil y perspicaz, ha puesto en este asunto toda su atencional influencia por descubrir en sus interrogatorios la páta fija de un semillero de ladrones protagonistas del robo ocurrido.

Todos han creído que David Pérez, ha sido el árbitro de un complot.

Todos han creído que mi conciencia pura, ese altísimo concepto del honor y de la honradez que me hacia pasar entre mis amigos y conocidos como una rara excepción, ha quedado maculada en esta ocasión con la blasfemia vertida por algún sabio inconsciente.

Yo, hoy ya honrado, gracias á la providencia que es la encargada de solucionar los más áridos conflictos de la vida, suplico á esas personas que calumniaron á un hombre honrado, que juzgue por los hechos.

Suplico humildemente, que me crea, sino que me juzgue; que examine mi conducta de ayer—blanca y pura, que examine los hechos realizados, que observe la determinación de la justicia y que quede mi honra en el lugar que me merezco, en primer lugar, por honrado; en segundo lugar, por sincero; y en tercer lugar, por martir.

Martir sí; martir de la calumnia.

Martir sí; martir de la fatalidad y mas que por todo esto, por haber purgado un hombre honrado, la culpa y la pena que merece el malvado que arrastra su honra al precipicio á caza de un puñado despreciable de plata.

Quedo desde hoy, señor Director de EL DEMÓCRATA, á sus órdenes y ya sabe puede mandar incondicionalmente á su afmo. s. s. q. b. s. m.

DAVID PEREZ.

CUENTO

PLAUDITE, CIVES

Como en el Riff

«En todas partes cuecen habas... y en Almería á calderadas... Aquí nos hemos quejado de la policía, por cometer hechos dignos de castigo; pero lo que ocurrió hace días en la Plaza de Toros de Almería, no tiene nombre, porque es bárbaro, bestial, capaz de asustar á los mismos kabileños del Riff.

Por que sí, por capricho de un sargento de policía, estubo á punto de armarse un zípizape de dos mil diablos. Cuando iba á terminar la corrida de Toros, al querer los polizontes cometer una injusticia, el público protestó y entonces el sargento de martras propinó una feroz paliza al chico causa de la ira «sargentil», abofeteando luego á un inspector y amenazando revolver en mano al público.

Hubo sustos, carreras, desmayos, personas lesionadas, de todo; y luego, para final de fiestas, como fué una de las personas que presenciaron el suceso y figuraba como testigo, los polizontes detuvieron á nuestro estimado compañero el director de «El Defensor de Almería», sin causa que justificase la detención y sin orden del juez.

No pararon ahí los desmanes policíacos. También quisieron asaltar la redacción, intentando detener á un empleado de la administración, cosa que no consiguieron; pero en cambio se detuvo á un cajista.

Por todos estos hechos se declaró cesante al sargento la misma noche; pero el caciquismo almeriense, asqueroso y brutal; volvió á reponerlo al siguiente día, apartando del cuerpo sólo al agente que cumpliendo órdenes superiores detuvo al director de «El Defensor».

Estos hechos, que son indignos de una población culta y que deben avergonzar á aquel gobernador, si se halla en situación de avergonzarse, prueban lo que adelantamos teniendo por presidente del Consejo de Ministros á Maura y por Ministro de la Gobernación á nuestro paisano Lacierva.

A la protesta general, unimos la nuestra, por que conocemos las iras policíacas y á autoridades que no tienen condiciones para serlo.

Los detenidos han sido libertados.

La muerte de Mimi

Voy vagando por las calles sombrías de un barrio viejo, y me sigue la fatídica silueta de un perro negro.

Es tarde... La ciudad duerme en el nocturno misterio; mueren las últimas notas de un violín á lo lejos.

Brilla la luz de una lámpara tras un balcón entreabierto... Quizá una novia que sueña en amoroso desvelo.

Voy vagando por las calles, con mis negros pensamientos, quiero evocar dulces cosas para olvidar... y no puedo.

Que la luz que iluminaba mis negruras de bohemio, mi abnegada compañera, esta horrible tarde ha muerto.

Y allá en la vieja boardilla duerme su más dulce sueño; duerme, sin caja de flores, tendida en un paño negro.

Toda la noche he llorado junto á aquel querido cuerpo; y una música muy dulce llegó á desgarrar mi pecho.

De un alegre hogar en fiesta eran los plácidos ecos. ¡Qué amargo es saber que hay dicha, cuando el alma está sufriendo!

Y he salido de la casa y la he dejado durmiendo. ¡Sufrí mucho... necesito soñar que solo es un sueño.

EMILIO CARRERA.

Información especial

Secretos que desaparecen

En esta época del modernismo vamos perdiendo todos los secretos profesionales,

Tratamiento infalible

Recien desembarcado en Cuba Francisco Pelaez, o «Currito», como le llamaban en su pueblo, tuvo que ir á operaciones y la primera escaramuza con los mambises le produjo un miedo cervical...

Esto no quiere decir que, mas adelante, después de entrar en fuego media docena de veces, dejara Currito de convertirse en un valiente soldado que iba hasta donde se atreviera á ir el más guapo de su compañía.

Pero... como queda consignado, el silbido de las primeras balas que pasaron junto á sus orejas metió el resuello en el cuerpo, y se juró hacer todo lo posible por no encontrarse de nuevo en semejantes jurasas...

A los pocos días de aquel encuentro, hallabas Currito acampado con su compañía en la vecindad de unos bohios, donde se había improvisado un hospital, y oyendo decir que andaba por allí una partida insurrecta y que probablemente saldrían á batirla, fugiose enfermo é ingresó en el hospital, quedándose al «físico» de inapetencia, escalofríos y otras maulerías de este jaez.

PLUMAZOS

Ocupaciones nacionales

No sólo los marroquíes se dejan llevar de los malos impulsos contra los extranjeros, á los que reputan sus enemigos de vida y hacienda. También los italianos se encolerizan pensando en lo que pudieran ser ó serían si los extranjeros, y al mismo tiempo señores de los «graves» hábitos—láscas curas y frailes—no se hubieran adueñado del reino y de todas las oficinas productivas, del país, llevándoles á un estado por demás miseroso y lamentable. El bendito afán de hacer todas las trastadas posibles sin perjuicio visible en el que las da á luz, tiene allá tantos partidarios como el antivivisecciónismo en lo Jaéz y los Chaónias, y partidarios que defienden su «arte» con gesto sañudo, si no con agudo puñal ó hachón formidable de sencillo empleo en las iglesias de los arrabales. Sólo que, como se ve, las causas no son las mismas, aunque lo

